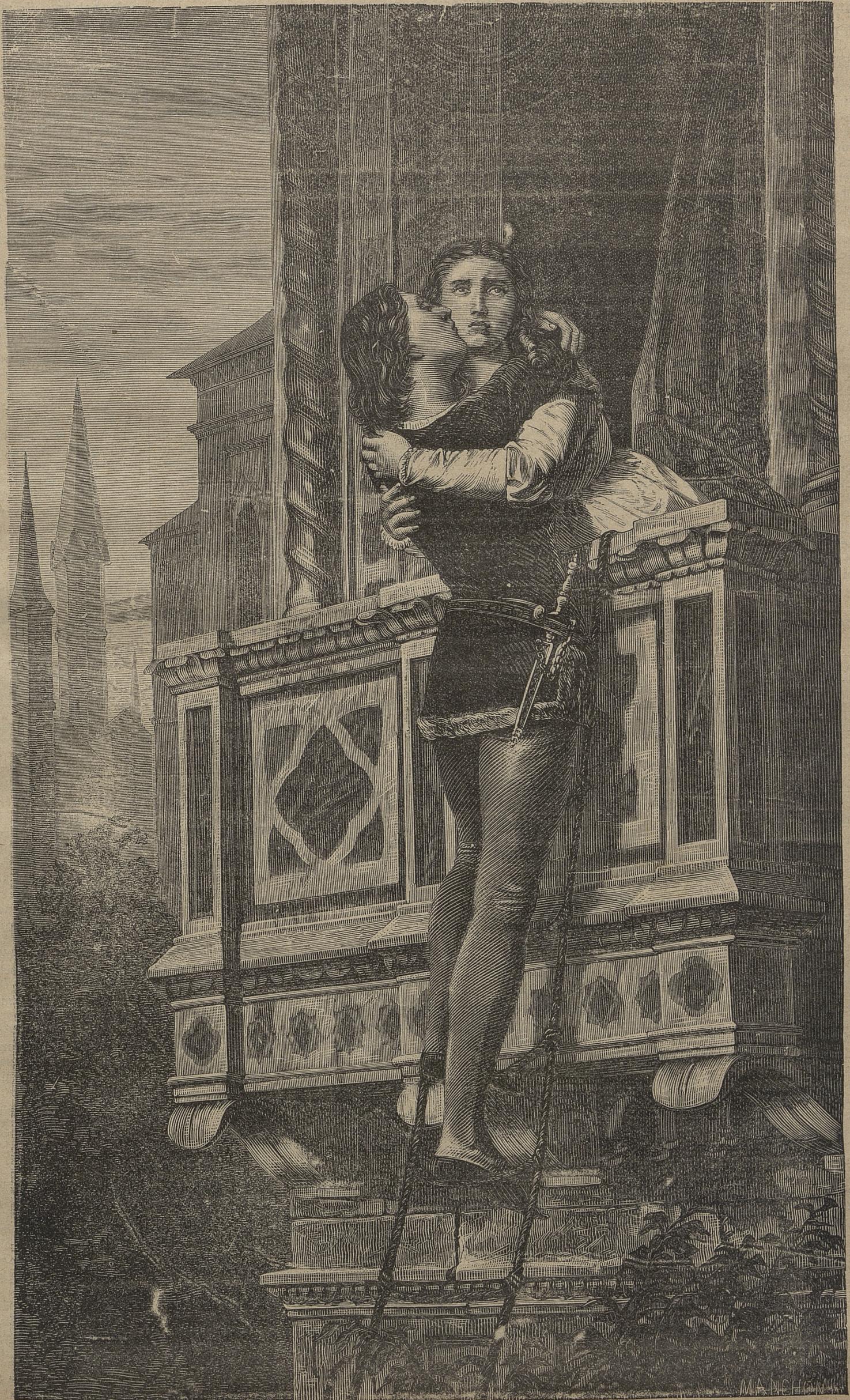


LA FAMILIA

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 15 DE MARZO DE 1891

NÚM. 15



JULIETA Y ROMEO

BALADA

(A la Sra. E. P. de G., en la muerte de su hijo)

Nació en el mes de las flores;
pero era más lindo que ellas:
porque á sus gracias humanas
y á un perfume de inocencia,
unía las seducciones
que un alma infantil revela,
con adorables sonrisas
y adorable inteligencia.

Nació con gracias de ángel;
pero eran las de él más bellas:
pues tenía en vez de alas
dos manecitas inquietas,
con que demostrar sabía
sus alegrías y penas
y acariciar á su madre
en el seno y la cabeza.

Las flores, no por envidia,
por amor muy propio de ellas,
le contaron que era hermoso
vivir una primavera;
y los ángeles, buscando
su celeste complacencia,
contaronle que en el cielo
la dicha está, no en la tierra.

Vaciló el niño, escuchando
de su madre las querellas;
mas, los ángeles y flores
ganaron en la contienda...
y al volar él, de los brazos
de aquella que á luz le diera,
"No llores, la dijo, arriba
me encontrarás, madre buena."

Santiago, 31 de enero de 1891.

FLOR DE FLORES

De jazmín es su frente pudorosa,
de azules *no-me-olvides*, son sus ojos;
son sus mejillas de temprana rosa
y son sus labios de claveles rojos;
y es de albo lirio su garganta hermosa
y á toda flor su cuerpo causa enojos.
Flor de flores, ideal de mi ternura:
¡quién pudiera aspirar tu esencia pura!

¡LUZ HERMOSA!

¡Luz hermosa, que dulce como pura,
un día á iluminar llegaste mi alma!
Consoladora luz, que dicha y calma
irradiaste en mi negra desventura!
Lejos de ti me destinó la suerte...
¡Ah! pero te he de amar hasta la muerte!

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1871.

UN VIAJE SUBMARINO

I

¡Cómo nevaba aquel día! Pegada la
nariz á los vidrios húmedos de una
puerta-ventana del comedor, había estado
yo largas horas contemplando melancólicamente
el remolinear infatigable de la blanca plumilla,
que parecía brotar ahí mismo, á poca distancia
de mis ojos, de la inmensidad del cielo gris.

—¡Maldito tiempo! exclamaba con
justo enojo. ¡Maldito tiempo, que viene
á aguar la prometida fiesta y á arrebatarme
la única distracción del día de hoy!
¡Cesa, cesa por Dios, nieve importuna...
concédeme siquiera unos pocos minutos!...

Mientras me desesperaba ante el espectáculo
de ese feo día de invierno, mi madre tejía
junto á un bonito fuego de chimenea, y mi
padre leía los periódicos, fumando su cachimba,
é interrumpiéndose de trecho en trecho para
decirme entre dos chupadas:

—¿Sigues cayendo?

Y yo contestaba entonces, con la anhelante
inquietud del que á la vez teme y espera:

—Parece que la nevazón declina y que el
cielo se aclara...

Esto no era cierto. En realidad la nevazón
se había convertido en un desenfadado fandango
de copos vaporosos, que empezaban á hacer
ilusorias mis expectativas.

—Sería locura salir con este tiempo,

observaba, solícita, mi madre. ¿Se imaginan
ustedes que alguien va á arrostrar la intemperie
para acudir á esa reunión?

—¡Ya lo creo, mamá, no será gente lo que
falte sino asientos! La colonia chilena se ha
dado cita para ir á escuchar á nuestro eminente
compatriota; le prepara una ovación, un triunfo.
Todo París no habla de otra cosa sino del
estupendo viaje submarino realizado por nuestro
joven é ilustre sabio... ¡No mamá, no me
conformaré nunca!...

—Abrigádonos convenientemente, no
corremos peligro alguno, opinó mi padre,
deseoso también de acudir á la conferencia
del doctor Pomponio, á pesar de las
amenazas del tiempo.

Le dí las gracias con una sonrisa; había
estado temiendo que se fuese á poner del
lado de mi madre.

II

En fin, hémos ya en el famoso salón de la
calle Castiglione, donde mi pensamiento
había estado vagando todo el día.

Cae, cae, sin compasión, nieve traidora;
baila, gira, revolotea, arrastrada por el
raudo torbellino del viento. ¡Yo me río de
tu semblante adusto desde el blando sillón
donde estoy cómodamente instalada!

Varias personas me han dirigido sus
saludos: entre ellas, venerables cabezas
canas, cabezas de sabios beneméritos,
cuyos nombres papá pronuncia con orgullo
á mi oído...

Allá, á la derecha, cerca del señor de
Quatrefages, de la Sociedad de Geografía,
distingo á Simona Valdestrella, y más
lejos á Ambrosina de Longchamp, mi linda
amiga. Ellas me han visto... Cambiamos
miradas elocuentes... ¿Qué nos importa
ahora la tempestad que se agita afuera?...
Se oyen cuchicheos tímidos, fugaces, lo
mismo que en las iglesias de tono, antes de
la llegada del predicador favorito.

Ahí está el celebrado Julio Verne, el más
ameno de los vulgarizadores de la ciencia,
con la frente inclinada hacia el lado
izquierdo, la sonrisa benévola que atrae la
simpatía. Nos ha divisado; se aproxima
sigilosamente y nos dice:

—¡Ya viene!

En efecto, del medio de un grupo de
cráneos calvos, famosos casi todos, se
destaca un personaje chico, delgado, de
ojos muy vivos que más bien corre que
no anda hacia la tribuna de los conferencistas.

Es el doctor chileno don Pomponio Calamar,
el sabio cuyo nombre se lee en todos los
periódicos de París, el hombre de mundo
que todos los salones se disputan, el
explorador intrépido que va á referirnos el
viaje extraordinario que ha hecho recientemente.

Joven, de veintisiete años á lo sumo,
cabellos negros como la pluma del toro,
nariz griega, tez morena, ojos de acero
que despiden rayos, manos de niña, en
conjunto, el sabio chileno es verdaderamente
lo que se llama un buen mozo. Pero ¡tan
chico! ¡tan chico! ¡y la cabeza tan
menudita!... Esto me hace decir á papá:

—¡Vaya! ¿Cómo puede haber tanta
sabiduría en ese cerebro tan diminuto?—¡Chit!... ¡chit!... se me contesta
¡chit!... ¡chit!...

El doctor Pomponio iba á empezar.
No tosió, no se sonó las narices, sino que
entró en materia incontinenti:

"Señoras... señoritas... caballeros..."
Omíto el exordio, porque mi reseña
saldría demasiado larga. Pero téngase
presente que su voz era flexible, sonora,
con su tantico de malicia; y que su
pronunciación exótica daba un encanto
más á sus frases amables, correctas,
breves, verdaderos apotegmas á la usanza
de la antigua Laconia.

Después de haber dado las gracias al
auditorio en general y á las señoras en
particular, por su presencia en aquel
recinto, desplegó un rollo de papel y leyó,
entre otras cosas, esto, que tuve la
fortuna de oír, y que más adelante, según
mis recuerdos, transcribo.

III

Valparaíso, 2 de octubre de 18...—
Me embarqué esta mañana en el buque
de vela *El Gama*, que sale para una
expedición al través de los mares
meridionales del Pacífico.

Bonita nave, de quinientas toneladas,
aparejada con dos mástiles de bergantín.
El bauprés, muy alargado; la proa,
cortante y fina, hiende el agua bajo un
ángulo muy agudo. Buen capitán,
marineros experimentados, provisiones
abundantes, exquisitas; todo me hace
presagiar una campaña feliz.

Estoy alegre, lleno de esperanza por
los días de estudio y de observación
que me promete el viaje. Mis compañeros,
al saludarme en *El Gama*, han
exclamado:

—¡Viva la ciencia!

—¡Vivan las aventuras! he dicho yo.

Del 3 al 8 de octubre.—Días tranquilos,
monótonos, desprovistos de interés;
pero ya sopla un viento favorable, que
rápidamente nos va á empujar hacia el
cabo.

Mientras tanto, prosigo mi obra sobre
química retrospectiva, y á intervalos
discuto con mi ilustre colega, el naturalista
Van Brooken, la posibilidad de extraer
de los moluscos *arimini* la rara y
renombrada perla que los sabios denominan
ornox.

9 de octubre.—Eolo nos ha soltado una
jauría de áquilonos, Neptuno frunce el
ceño, la atmósfera cenicienta está manchada
de negros *nimbus*. . . ¿qué nos va á
suceder?

El capitán ha mandado cargar la vela
cuadrada y la cangreja; el gran foque,
hinchado hasta reventar por el norte
furioso, da unos tremendos tirones á la
escota, que resiste; entretanto el foque
arrastra con rabia á la nave por la amura
de babor.

—La escota del gran foque es nuestra
rienda, observa el capitán; si aguantamos
y logramos orzar, nada se ha perdido.

Duplica el viento sus esfuerzos y la
escota se zafa con roldana, garfio y todo...
llevándose nuestra última esperanza
consigo!...

IV

No sueño... estoy bien despierto...
soy, pienso, vivo, respiro y... me acuerdo.

Un ciclón ha destruido *El Gama*;
todos hemos sido precipitados al mar...
Lo que ha llegado á ser de mis compañeros
¡ay! no podría decirlo. Largas horas he
nadado junto con el inolvidable Van
Brooken... ¡Pobre de él! Una ola traidora
lo ha sepultado en el piélagos mientras
nadaba según método novísimo, fruto de
sus pacientes investigaciones acerca de la
dinámica animal. Su último grito fué este:

—¡Eureka!

Y era cierto: había encontrado... el
camino del otro mundo.

De los demás tripulantes del *Gama*,
ni vestigios. ¡Ah! sí. Á unas cuatro brazas
del punto donde el infeliz Van Broken
dió la gran zambullida, un gorro de
marinero era juguete de las ondas
tumultuosas. Por más que ello se me
antojase inverosímil, es tan grande la
ansiedad en esas críticas emergencias,
que me forjé la esperanza de encontrar
debajo de ese gorro á un sér humano,
á un sér que nadaba como quien anda,
es decir verticalmente. ¡Esperanza
falaz! El gorro era un gorro sin hombre.
En el líquido yermo en que me hallaba,
hubiera preferido á un hombre sin gorro;
y puesto en mi situación, Pero Grullo
habría pensado lo mismo.

¡Agua, agua por donde quiera; el
océano desierto en toda la redondez de
lo creado!

De repente oigo un rugido semejante
al de una locomotora que emprende la
marcha. Por la puerta de mi angustia
penetraron en mi corazón nuevas ilusiones.
Cree que ese rugido pertenecía á un vapor
que iba pasando. ¡Un vapor! Ridícula
congetura. Es verdad que

en ese fúnebre cuarto de hora de mi
existencia, habría sido capaz de confundir
á una mosca con un globo aerostático.

Al pensar que aquello era vapor, no
me engañaba sino á medias. En efecto,
un vapor... caliente y salobre, como el
hálito de un mamífero de los mares,
llega de punto á mis narices, y las obstruye,
á mis ojos, y los obceca.

Ese hálito procedía de un hocico in-
conmensurable, espantoso... ¡Oh, Van
Brooken, ¡oh, colega mío! ¿por qué has
muerto tan á deshora? Si dilatas tu
partida para el eterno viaje unos veinte
minutos más, habrías contemplado á
ese rey de las antárticas soledades, á
ese monstruo marino casi fabuloso al
cual damos el nombre de *Cardibalus
Protoximalis Senior*! ¡Con qué gozo
habrías dicho: ¡Ahora puedo morir!

El monstruo se dirigía hacia mí... Yo
lo contemplaba extasiado, fascinado,
hipnotizado; nada hice para evitar su
embestida, ni me habría valido para ese
fin esfuerzo cualquiera. El animal me
había visto y parecía dispuesto á abalanzarse
sobre mi indefensa humanidad.

Todo era, en aquel ente, pavoroso:
sus aletas verdes, su cabeza plomo
coronada por una cresta color de fuego;
su boca, colocada en sentido contrario
á la del tiburón, es decir, muy por encima
del pezcuezo; cuando la abría era una
caverna inmensa y lóbrega...

Ah! quanto á dir quell'era è cosa dura
questo cardibal selvaggio e forte
che nel pensier rinova la paura!

LODOISKA MAAPAKÁ

(Concluirá)

CIENCIAS

SEDA DE MADERA

De hoy en adelante, es seguro, es
cierto: dentro de algunos meses, tal vez
dentro de algunas semanas, las elegantes
súscritoras de LA FAMILIA llevarán
vestidos y camisas de madera.

Nos acostaremos en sábanas de espi-
no, nuestros sillones estarán tapizados
con damasco de álamo, y los saloncitos
más preciosos tendrán cortinas de abedul.
En fin, así como el agricultor cambia
su trigo por harina, el leñador, después
de haber derribado su árbol, lo llevará
donde su vecino que se lo devolverá
ocho días más tarde cambiado en
piezas de raso ó gros.

Esa asombrosa metamorfosis se opera
de una manera muy sencilla, y si se
estudia el génesis del procedimiento,
admira el que no haya sido descubierto
más pronto.

Todo el mundo sabe que el trapo no
es suficiente para la producción de las
cantidades colosales de papel reclamadas
por las imprentas y los *despacheros*.

El análisis, al revelar la identidad de
composición química que existe entre
la celulosa de las plantas y el principio
constitutivo del papel, condujo naturalmente
á pedir al reino vegetal un reemplazante
del trapo. Parecía evidente, *a priori*, que
el cáñamo podía ser transformado
directamente en papel sin que fuese
necesario convertirlo primero en pañuelos.
Pero el elevado costo proscrubía el
empleo de esa materia.

Entonces se recurrió á la paja, al pasto
aprensado, al *alfa* y á varios otros
vegetales, capaces de suministrar un
papel de calidad ínfima.

Entretanto, los chinos y los japoneses
nos mandaban esos maravillosos papeles,
tan buscados hoy para las impresiones
de lujo y que, fabricados con la corteza
de ciertos bambúes, parecen hechos de
borra de seda.

Era claro entonces que nuestros
árboles comunes podían servir para algo,
y después de varias investigaciones se
encontró el medio de producir industrialmente
la pasta de madera.

Todos los vegetales, sin excepción, se
componen efectivamente de dos principios
inmediatos: la *celulosa* y la *vasculo-*

LA FAMILIA

PERIÓDICO QUINCENAL ILUSTRADO, DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES

PUBLICADO BAJO LA DIRECCIÓN DE LA SEÑORA CELESTE J. DE CRUZ-COKE

AÑO I

SANTIAGO DE CHILE, 1.º DE ABRIL DE 1891

NÚM. 16

SUMARIO. — NUESTROS GRABADOS. — CARTA PARISIENSE, por *Ambrosina C.* — UN VIAJE SUBMARINO (conclusión), por *Lodoiska Maapaká.* — LA LECTURA, por *Belisario Guzmán Campos.* — PASEO AMENO, por *Idán.* — UNA CIENCIA NUEVA. — EDUCACIÓN DEL NENE, por *Emmeline Raymond.* — RECETAS Y FÓRMULAS MEDICINALES, por el doctor *Labueta.* — ECONOMÍA DOMÉSTICA. — VARIEDADES, por *Frasco de Leyden.* — BUZÓN DE "LA FAMILIA": Correspondencia y consultas. — CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN. — FOLLETÍN.

NUESTROS GRABADOS

DON PEDRO DE ALCÁNTARA

El siglo XIX habrá sido fatal para los monarcas, y cuando suene su última hora ¡quién sabe cuántos de aquéllos permanecerán todavía en sus tronos! La idea republicana ha dado pasos de gigante, la igualdad proclamada por Cristo en el Calvario se ha abierto camino en todos los corazones. Después de haber visto caer á un soberano tan liberal, tan popular, tan ilustre como don Pedro de Alcántara, tenemos, pues, razón de exclamar: ¡quién sabe cuántos reyes verán desde sus tronos el amanecer del siglo XX!

Don Pedro nació en 1825, y subió al trono del Brasil seis años más tarde. Reinó sesenta años, es decir, más que cualquier otro monarca de su época, y su gobierno fué próspero y dichoso. Hoy, don Pedro, desterrado de su patria, no aspira sino á la felicidad de vivir y morir en ella, de ser el último ciudadano de un país donde ayer no más fué el primero de todos, el más querido y el más respetado.

EL JARDÍN BOTÁNICO DE RÍO JANEIRO

Es un paseo famoso, no tanto por la colección de preciosas plantas tropicales que encierra, cuanto por la doble columnata de elevadísimas palmeras, que forma, por decirlo así, el atrio ó vestíbulo del jardín. Decimos columnata, porque realmente más parece aquello una invención arquitectónica que no una muestra de la vegetación de los trópicos. ¡Parece mentira que la mano del hombre, ayudando á las fuerzas naturales de la tierra, haya podido producir esa maravillosa fila de árboles de forma idéntica y de altura absolutamente igual!

CARTA PARISIENSE

Thermidor, drama de Sardou. — Un tumulto dramático. — Noticias teatrales. — El nuevo presidente suizo. — Duelo en la corte belga. — Siguen los muertos. — Chaplin y Meissonier. — El *Angelus* de Millet. — Las fiestas comienzan. — El juego de las definiciones. — Una moda extravagante. — La nieta de Sarah. — Los atavíos del invierno próximo, en Chile.

París, 17 de febrero de 1891.

SEÑORA DIRECTORA DE "LA FAMILIA".

Querida amiga:

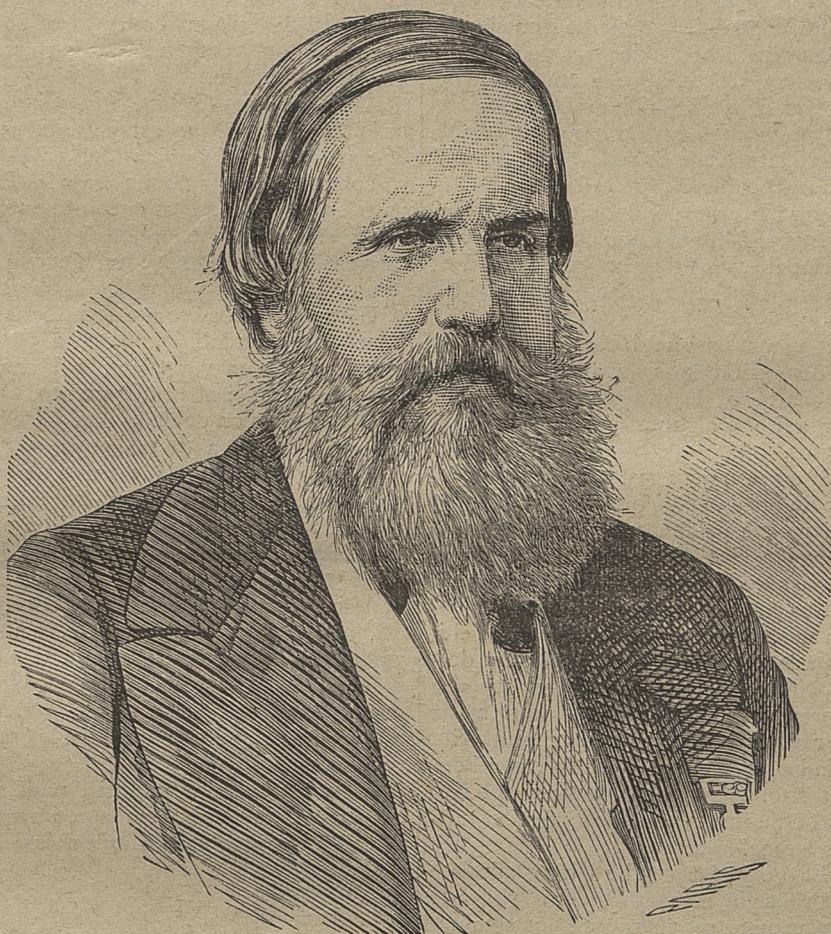
La primera representación de *Thermidor*, el nuevo drama de Sardou, que con tanta impaciencia aguardaban los abonados de la *Comédie-Française*, tuvo por fin lugar ante una soberbia sala compuesta del público de los días notables.

El éxito de la obra fué retumbante ese día. Los tres primeros actos fueron acogidos con verdadero entusiasmo, y los aplausos se dirigían tanto al autor como á los intérpretes. El último acto no gustó en igual grado; de otra manera *Thermidor* habría podido figurar entre los triunfos más completos del teatro. Sardou ha sabido encontrar, para producir ciertos efectos, medios de expresión tan ingeniosos como enérgicos. Co-

la *Jeanne d'Arc*, del señor José Fabre, no da asidero á la censura dramática, ni por el tema que desarrolla ni por la manera como está presentado. Es magnífica en todo sentido.

* *

Pero, ya que hablamos de espectáculos, déjame decirte con cuánto gusto voy al circo de los Campos Eliseos, los días domingos. Ahí, en medio de un



DON PEDRO DE ALCÁNTARA

quelin ha estado admirable. La señorita Bartet y el señor Marais, perfectos, aunque estos dos últimos artistas tenían papeles más lejanos de la realidad que el de Coquelin.

En la segunda representación de *Thermidor*, ciertos incidentes tumultuosos, que se han verificado en la sala, han hecho decretar, como medida exigida por el orden público, la interdicción provisional de la pieza.

Al día siguiente, trescientos estudiantes, queriendo protestar contra un artículo que acerca de aquel drama publicó el diario *L'Egalité*, se dirigieron á las oficinas de dicho periódico é hicieron una manifestación ruidosa.

El señor Sardou puede estar contento si le gusta que hablen de él. *Cleopatra* y Sarah Bernhardt han desaparecido de los carteles de la *Porte Saint-Martin*. Buen viaje. *Los Miserables*, del grande Víctor Hugo, vuelven á la escena de este teatro.

El *Théâtre Historique* ha obtenido también mucho éxito con las primeras representaciones de *Sainte-Russie*, pieza patriótica é internacional de los señores Gugenheim y Le Faure. En el *Châtelet*

público escogido, cada vez más numeroso, escucho con profundo placer las composiciones inéditas que el señor Lamoureux sabe ofrecernos en sus conciertos, con tanta felicidad.

Dos novedades deliciosas: *El bosque encantado* y *Broceliande*. *El bosque encantado* es una balada alemana de Uhland, que el señor d'Indy ha transformado en una sinfonía encantadora. Una de las frases más pintorescas de esa leyenda es la seducción de los guerreros por los duendes: aquí flautas, arpas, y cuernos de caza mezclan su murmullo, sus suspiros y sus sonoros ecos al alboroto de los espíritus del bosque.

Broceliande es una rapsodia muy alegre del señor Chabrier, una fogosa y resplandeciente España donde rasguean todas las guitarras, y crujen todas las castañetas en una armonía que evoca la intensa claridad del cielo andaluz.

La señorita Landi ha sido muy aplaudida el domingo último cuando ha recitado la *Réverie* de Saint-Saëns y la *Captive* de Berlioz. Esta artista canta con mucho estilo y mucha corrección. Tal vez no se llevaría muchas palmas en el Municipal de Santiago, pero aquí en

París tiene sus fanáticos. Es verdad que á éstos les gusta lo clásico.

* *

El señor Emilio Welti acaba de ser nombrado presidente de la Confederación Suiza. El Bismarck suizo, como lo suelen llamar, es un orador muy notable y un político muy hábil. Esta es la quinta vez que el señor Welti ocupa la presidencia de la Confederación, cosa que no se había visto aun en otro presidente. Un año no más puede un ciudadano desempeñar estas funciones en el Consejo federal.

* *

La casa real de Bélgica acaba de ser agobiada por un duelo cruel. El príncipe Balduino de Flandes, sobrino del rey y heredero de la corona, ha muerto hace pocos días, de una pulmonía aguda. Tenía veintiún años, á lo más. Ahora, pues, pasan los derechos de la corona al príncipe Alberto, segundo hijo del conde de Flandes. Este príncipe tiene dieciséis años, á lo sumo.

Ya que de muertos se trata, me pregunto por qué todos los diarios de París no han salido de luto en estos últimos días. ¡Qué de vidas ilustres ha segado la terrible hoz! Chaplin, Meissonier, Latour Saint-Ibars, Elié Berthet, Rosine Bloch... ¡y la muerte no daba tregua!

* *

Las oraciones fúnebres habían principiado, para Chaplin, con una simpática unanimidad de elogios. Muchos epítetos de admiración se oían en todas partes; se proclamaba la gracia de este segundo Watteau, cuando estalla la tremenda noticia: ¡Meissonier también ha muerto!

Chaplin es olvidado, en un minuto, y sus admiradores corren al ataúd de Meissonier. Ya no hay tan sólo el combate por la vida sino también el combate por la muerte.

Ningún pintor moderno ha sido objeto de una manifestación tan espontánea. Imagínate que se llegó hasta á pedir que el féretro de Meissonier, escoltado por todo un pueblo, partiera del Arco de Triunfo para dirigirse al Panteón. El homenaje era exagerado, así es que se rechazó esa idea.

Pocas carreras artísticas conocieron las dulzuras de un triunfo tan prolongado como la de Meissonier. Desde hace medio siglo sus obras se vendían á peso de diamantes y un eterno concierto de alabanzas zumbaba en sus oídos. ¡Pobre Delacroix! No fué así para él.

Uno de las congojas de Meissonier era su pequeña estatura.

Un rico y célebre aficionado extranjero había ido un día al taller del maestro, y maravillado, le manifestaba su ardiente admiración, concluyendo con este grito realmente sincero:

—¡Ah! Sois verdaderamente un gran pintor.

Y Meissonier, con una sonrisa que indicaba á la vez satisfacción y tristeza: —¿Qué queréis? cada cual es grande como puede.

Meissonier deja sin concluir muchas composiciones, entre ellas una muy importante, *Marengo*, en la cual trabajaba con su habitual diligencia cuando la enfermedad se apoderó de él.

Latour Saint-Ibars y Elié Berthet se

dieron á conocer casi en la misma época, el uno con su *Virginie*, que lo convirtió en rival de Ponsard, el otro con sus novelas que divertían á todos los lectores de folletines.

También desaparecen casi á un mismo tiempo

¡Elie Berthet! ¡Cuántas veces lo he encontrado en los bulevares! Andaba siempre con pasito alegre, y al través de sus quevedos, sus ojos, todavía muy vivos, examinaban á todos los transeúntes y todos los escaparates de las tiendas.

En cuanto á la pobre Bloch, que fué la Rosina adulada y aclamada, se ha marchado para siempre, cuando volvía á deleitar á los espectadores de *Sanson y Dalila* en el Teatro Lírico. ¡Qué Dalila tan adorable!

Un aire colado, un escalofrío, y adiós!

Se la ha llevado una congestión pulmonar en Monte-Carlo, á donde había ido á buscar un frío menos intenso que el de París. ¡Pobre de ella! Encontró, por el contrario, ahí, el más fatal de todos los fríos.

* *

¿Te acuerdas del *Angelus* de Millet, que probablemente ha viajado más que Sarah Bernhardt misma? Ahora pertenece al señor Chauchard, hermano, creo, del ex-director de los grandes almacenes del Louvre. Lo ha comprado en ochocientos mil francos; ¡y cuando pienso que por esa tela incomparable un condecorador que se consideraba audaz dió mil doscientos francos!

* *

Las verdaderas fiestas no se inscriben todavía en los mamotretos de las mujeres de tono. La estación de los placeres empieza tarde, después de carnestolendas.

La princesa de Brancovan reúne todos los domingos, en un almuerzo, á la flor y nata del arte y de la aristocracia.

La princesa Gortschakoff entreaire sus salones para dar algunas veladas musicales.

La baronesa Afonso de Rothschild ofrece las mejores comidas de París.

En casa de la vizcondesa de Janzé, donde también se celebra su comilona por semana, los convidados son pocos y escogidos. Son agapas, que hacen recordar el gusto y las maneras de los tiempos de Choiseul.

Después de las comidas se usan juegos nuevos, de los cuales te hablaré otro día.

Un escéptico á quien se le pedía, al levantarse de la mesa, que escribiese en un álbum cualquiera cosa, ha estampado ahí este pensamiento:

«Una buena comida es la manera menos mala de fastidiarse en la sociedad.»

Las «Definiciones», juego de salón muy en moda, se prestan á muy bonitos rasgos de ingenio.

En una reunión íntima, donde me hallaba ayer, el premio fué otorgado á la mujer de un escritor conocido.

La palabra era: Invierno.

Invierno.—Luto que la tierra observa vestida de blanco.

* *

Tu última carta me dice que en Santiago se suele ataviar á los niños de tal modo que vistos por detrás, parecen enanos, con su vestido largo, de talle corto y su capota de estilo antiguo. En contestación á este párrafo de tu carta, te diré que en París dicha moda no ha caído en gracia; sin embargo, me parece que será la moda del porvenir.

Niños veo vestidos así, pero son pocos. Por fortuna, en París las modas demasiado excéntricas no entran por asalto en la buena sociedad.

Hay hombreritos de cinco años, á lo más, que llevan pantalones de hombres, y los remangan guapamente cuando llueve ó para evitar el barro: su sobre todo es de paño yerba, lo mismo que el de los cocheros ingleses, y llega hasta

debajo de la rodilla. Cuello derecho con plastrón, sombrero hongo, junquillo, nada les hace falta; es para morir de risa, son verdaderas caricaturas.

¿Sabes cómo andaba ayer vestida la Simonita Bernhardt, la nieta de la célebre actriz? Sobre un vestido cualquiera llevaba una capa de terciopelo esmeralda, larga hasta el suelo, derecha por delante y tableada por detrás, al estilo del Renacimiento. Como adorno, dos bandas de chinchilla sobre la delantera; las mangas, ahofelladas arriba, eran muy estrechas en el puño. Con esto, una gran capota *Greenaway* del mismo terciopelo esmeralda, con un montón de cabezas de plumas de avestruz rosadas. ¡Tiene catorce meses!

No te hablaré más de esta moda hoy; además, si les gusta á las lectoras de LA FAMILIA, es muy fácil encontrar muestras en los dibujos ingleses de almanaques y de *Christmas books*.

* *

Muchas mujeres elegantes, las que no siguen la moda, pero que se visten según su gusto, llevan chaquetas cortas, de un modelo especial. He visto una de paño blanco, completamente bordada de hojas de helecho en cordoncillo de seda negro; mangas de terciopelo negro. Otra era de terciopelo amatista con mangas consteladas de azabache.

Para la noche, nada hay más bonito que la larga capa de paño claro, forrada con raso blanco. Como adorno, un cuello grande cruzado, de piel de marta ó de *karagul*. Se usa mucho el paño y el terciopelo asargado, para la ciudad. Las polleras van generalmente guarnecidas abajo.

Á veces, es una banda de astrakán, de dos centímetros de alto á lo más, ó de marta ó de *skungs*. Encima, un bordadito ó algunos galones de oro ó negros.

Si no se quiere gastar mucho, en lugar de pieles, se coloca en el borde inferior de la pollera una banda de paño de color vivo. Sobre el paño, algunos galones de metal ó de lana.

Los gorros se usan bastante y sientan mucho mejor que las capotas chicas á las caras redondas. Ahí va la descripción de uno que me ha gustado sobremedera: es de paño, de un matiz de rosa marchita, con reflejos atercio pelados, y da mucha gracia y gentileza al rostro. Lleva como adorno, dos fajitas de marta con dos cabezas del mismo animal adelante.

El oro y el azabache son los adornos favoritos de estos momentos y no de otra manera se guarnecen los sombreros. Se hacen muchos de tules negros con cuentas de oro; se encarruja el tul sobre alambres de oro y el efecto es muy bonito.

Pronto veremos también sobre los sombreros joyas antiguas, especialmente el anillo, que presentará el carácter, tamaño y estilo de una época más ó menos remota.

Hasta luego, amiga mía.

AMBROSINA C.

UN VIAJE SUDMARINO

(Conclusión)

V

El bicho fenomenal se acerca; abre la boca, saca de detrás de las orejas unas pinzas de diez metros de largo que me cogen y me mantienen preso como rata en la trampa. En esa suprema contingencia acude á mi mente una inspiración salvadora: me encojo al igual de un maromero que va á dar un brinco difícil, y encomendando mi alma á Dios me arrojo, resuelto, atrevido, entre las negras fauces del gigantesco pez.

Merced á mi sangre fría pude atrave-

sar la estrecha garganta sin hacerme daño, y llegué á un lugar húmedo, nauseabundo, oscuro, que me pareció ser el estómago del animal.

Ahí, extenuado, aturdido, volteado de un lado á otro, sucumbí á un invencible sopor que, sin duda, duró mucho tiempo, pues, cuando me desperté, un apetito doloroso me reveló que habían transcurrido largas horas desde mi última comida. Lo peor de todo era que no veía nada. Continuamente empujado por una fuerza ignota hacia los últimos confines de mi celda, era rechazado de allí por un movimiento mecánico muy parecido al del pistón de una bomba aspirante é impelente.

Mediante un prodigio de equilibrio obtuve un reposo relativo, constantemente solicitado, como se veía mi cuerpo, por los irregulares y bruscos vaivenes de mi embarcación submarina.

Mi ropa se había secado en la atmósfera sofocante de mi prisión; tenté mis bolsillos y ¡oh dicha! encontré en uno de ellos una cajita de níquel donde tenía costumbre de colocar mis pajuelas. Mi reloj se había parado; saqué la cuenta aproximada del tiempo transcurrido y de la hora que podía ser, y por consiguiente resolví, dando cuerda á mi reloj, que éste debía marcar las doce de la noche, y que empezaba á correr el día 10 de octubre.

Á la luz de un fósforo, hice el inventario de mi singular estancia. Era un enorme cajón oblongo casi tan espacioso como el interior de un tranvía. Las paredes, blandas y porosas, rezumaban aceite en mucha proporción. La idea de fabricar una lámpara se me ocurrió al punto. ¡Ea, valor, y manos á la obra!

Un segundo fósforo me permitió descubrir una cantidad de conchas, adherentes, en su mayor parte, á la masa carnosa que tapizaba mi aposento.

Desprendí con cuidado una de ellas que tenía la forma de una copa sin pie y la puse con cautela en uno de mis bolsillos. Á continuación, dividí mi pañuelo en tiras angostas, las torcí de tres en tres y obtuve así varias mechas. Introduje una de éstas en la concha, llenada previamente de aceite, y encendí después el improvisado candil. En seguida, con la ayuda de mis tirantes de seda, que hice pasar por uno de los tendones que guarnecían el techo de la estancia, fabriqué una araña de las más primitivas.

Á esa luz indecisa y turbia, pude sacar mi cartera y trazar milagrosamente estas breves pero exactísimas notas.

VI

Según mi parecer, estamos, pues, alrededor del meridiano del día 10 de octubre.

No temo por la falta de aire. El oxígeno de mi prisión se renueva abundantemente cada cuarto de hora; más me preocupa el alimento. ¡Peregrino sería que me fuera á morir de inanición en medio de este colosal trozo de carne!

El mismo día, á las 5 P. M.—¡Gracias á Dios! Ya estoy satisfecho, y casi alegre. Tengo en el buche una docena de sardinas, y otra de moluscos que he cogido al vuelo, (perdóneseme esta expresión pintoresca).

Guiado por los destellos enfermizos de mi lamparilla, he podido izarme hasta la puerta que da acceso al famoso túnel que tuve el honor de atravesar para llegar á este recinto, y como á cada momento pasan por ahí centenares de peces de todos tamaños, he elegido para mí algunos de los más pequeños, antes que fuesen á parar á una máquina trituradora, que forma parte de la economía... doméstica de mi cardíbal.

Los moluscos me los he engullido *al natural*; no tengo para qué ser exigente. En cuanto á las sardinas, ¿sabéis lo que he hecho con ellas? Las he freído en aceite. Hizo de sartén el alfiler de mi corbata, y el candil rudimentario de fogón. Es verdad que más sabían á humo que á cosa comestible; pero, dada mi

situación llena de angustia, es para mí una suerte poseer una despensa tan bien provista.

Ahora, voy á tratar de dormir; mi lámpara no vacila; el monstruo está inmóvil. Imitémosle.

Día 11 de octubre, á las 3 P. M.— ¡Qué trabajo, Dios mío, para procurarme un lecho conveniente! Ya lo he construído, y me siento relativamente feliz. Tuvo razón el sabio cuando afirmó que en cualquier parte se halla la felicidad. Sí, Platón; hasta en el estómago de un cetáceo.

Para hacer la cama, he atado sólidamente las piernas de mis pantalones á dos cartílagos de mi techo palpitante; he hecho lo mismo más lejos con las mangas de mi gabán, y en esa hamaca de modernísimo estilo, he podido disfrutar de algunas horas de sueño.

Pero, á los pocos momentos de haberme entregado á un reposo que no era ni reparador ni benéfico; unos rumores sordos y confusos me despertaron.

—¡Un combate naval! murmuré restregándome los párpados. ¿Dónde estamos?...

El combate naval no era otra cosa que el corazón del coloso, que latía con una fuerza capaz de hacer añicos las paredes de la cavidad cardíaca. ¿Era yo la causa de esa excitación formidable? Nada habría tenido de raro, porque una pesadilla horrible había visitado mi sueño. Me hallaba solo, indefenso, en medio de indios, de antropófagos que amenazaban mi existencia; en mi desesperación, daba á mis agresores de puntapiés y puñetazos, sin más resultado que el de fomentar su cólera y aguzar su apetito. Desperté, pues, y el ruido anormal cesó. La violencia de mis movimientos había ocasionado, sin duda, al monstruo ese malestar pasajero.

Volví á meterme en la hamaca, que yo había abandonado para rechazar á los antropófagos, y al poco rato me quedé dormido.

Día 11 de octubre, á las 8 P. M.— Esta mañana, mientras estaba atisbando en mi puesto de observación, siento un golpazo en la cabeza, que por poco no me derriba.

El huésped que tan singular saludo me propinaba era una tibia de buey. Me apodero de ella, la examino; está completamente limpia, ni vestigios de carne.

Con todo, guardo preciosamente ese hallazgo, que me avisa que una nave ha pasado cerca de nosotros.

Tengo mucha sed; el congrio que me sirvió para almorzar mi hotelero me ha secado prodigiosamente el gástrico. Ese es uno de mis tormentos: la sed. Tormento que puede serme fatal si la Providencia no viene en mi ayuda.

Día 12 de octubre, á las 10 A. M.— Hace una hora estaba preparando mi merienda con todo el cuidado que exige en mi calabozo una ocupación tan grave, cuando un salto terrible del cardíbalo derrama el aceite de mi lámpara. Inmediatamente después los embates del mar que llegan á mi oído me anuncian que nos hallamos á flor de agua... Se me figura que estamos combatiendo. ¿Contra quién? ¿Contra qué? Una cabeza de lanza, afilada y puntiaguda, atraviesa la pared de mi aposento.

—¡Estoy salvado! grito, lleno de alegría. ¡Un ballenero nos ha visto, nos persigue, nos asesta el golpe mortal de su arpón! Muerto el cardíbal, la libertad, la luz, el aire, el agua fresca.

¡Ingrato de mí! Cien mil veces ingrato! Pero ¿no es esa la triste condición del hombre: pagar con ingratitud el beneficio?

Hé ahí un pez tan generoso como bueno, que me ha salvado de las garras de una muerte segura, que me cobija en su seno, me abriga y me alimenta, que, en fin, me ofrece todo linaje de facilidades para hacer investigaciones tan curiosas como nuevas, y yo, en cambio, en pago, le deseo el dolor y el exterminio.

¡Oh! ¡remordimiento cruel!

Bien merecido me lo tengo; esa lanza engañadora no es un arpón.

Me acerco, la palpo, la examino. Es una especie de diente de marfil; su forma característica, la de un tornillo muy alargado, acusa suficientemente su filiación: es el diente ó cuerno de un narval.

Sin demora, requiero la tibia de buey y con un vigor increíble descargo un hachazo decisivo sobre el cuerpo que nos importuna. El cuerno se rompe; siento que el narval se retira, avergonzado, probablemente.

Esta hazaña libertadora me reconcilia con la humanidad; con mi humanidad.

Día 14 de octubre, á las 7 P. M.—He pasado todo el día escribiendo, anotando los descubrimientos admirables que he hecho en el cuerpo del cardíbal. Pero ¿podré un día revelarlos á la ciencia?

Mi lápiz ha disminuído mucho; puedo apenas tomarlo entre los dedos. Con terror, calculo que muy pronto se habrá gastado. Entonces ¿qué haré?... hablaré... sí... hablaré en alta voz; trataré de aprender de memoria la síntesis de mis experimentos. Y... un día... el día que salga de mi cautiverio diré lo que no he podido escribir; lo diré, lo gritaré ante una muchedumbre de sabios admirados; revelaré á las generaciones del porvenir que nada hay imposible para el hombre, probaré que se puede vivir y viajar en el vientre de un pescado.

Día 15 de octubre.—Comida digna de Sardanápalo. Mi túnel se ha convertido hoy en una caja mágica.

Seguramente nos encontramos cerca de algún estrecho, de algún cabo, de algún escollo desconocido donde un buque ha terminado, antes de tiempo, su carrera.

He recibido muchos regalos de valor: cajas de conservas, naranjas, un lechón, tres patos, bizcochos y una botella de vino de Cauquenes: un verdadero néctar.

Lo que siento es no poderme comer los tres patos y el lechón. Sería cosa de reventar. ¡Y vaya que sería un extraordinario caso patológico esto de morir de *gastro-enteritis* después de una aventura como la mía!

Con una pluma de pato y la sangre del lechón, he escrito dos páginas y media de valiosísimas observaciones. Antes que se coagule la sangre, voy á llenar algunas hojas de mi diario científico.

Día 16 de octubre.—Acaban de entrar tres platos con estas palabras: *Compagnie Maritime du Pacifique*. ¡Qué lujo! voy á comer en porcelana. ¡Qué cardíbal tan atento!

Día 17 de octubre.—¡Hetomado agua! es verdad que era agua de Vichy; pero en mi situación no se puede pedir más. Mi salud, un poco quebrantada en este último tiempo, á cualquiera se la doy, ha experimentado una reacción favorable, gracias á ese oportuno auxiliar.

Por otra parte, es indudable que vamos siguiendo á una nave... si me fuera permitido elegir ¡con qué gusto cambiaría de embarcación!

Día 18 de octubre.—Muchos peces voladores han entrado hoy á mi despensa; estamos, pues, en la región de los trópicos. Por lo visto, el cetáceo que me conduce es animal de todos los climas. ¡Y métase usted á creer á quienes le dicen que el cardíbal no pasa más allá del paralelo 40!

La observación que hago á este respecto va á producir un verdadero trastorno en el mundo científico.

Son excelentes los pescaditos voladores, fritos en la llama de aceite y en la puntita de mi alfiler. Sin embargo, mi digestión no se aviene del todo con este régimen salado.

Hacia la tarde, recibo una fuente con esta inscripción: *Tafna, 1879*; y al mismo tiempo una botella de *Cognac*.

Si no me engaño, el *Tafna* hace la carrera de Valparaíso al Havre; lo vamos siguiendo, eso no tiene duda. ¿Si pudiera comunicarme con él? Hasta este instante no he pensado en la posibilidad de una evasión. La oportunidad

es favorable, voy á combinar un plan desde mi cómoda y mullida hamaca.

Día 19 de octubre.—Mi reclusión empieza á fastidiarme y se me ocurre que el cardíbal me despediría con verdadero entusiasmo, si pudiera.

Anoche he bosquejado un plan de evasión, elemental, sencillez en teoría, como todos los planes, por lo demás. La cosa consiste en atravesar el túnel en sentido inverso, de adentro para afuera. Es indiscutible que vamos navegando por los parajes del Ecuador; no hay tempestades que temer; al contrario, calma chicha, el mar como una taza de leche. Y si el *Tafna* no estuviera muy lejos...

Día 20 de octubre.—Estoy decidido á aventurar la suprema tentativa. Si escollo, entonces pensaré en fabricar un fonógrafo. El sentimiento de la importancia que he adquirido, junto con mi vehemente anhelo de libertad, me da un valor sobrehumano.

Deshago mi cama y me visto con ella. De buena gana apagaría mi candil para evitar al cardíbal una combustión intestinal y por aquello de que más vale evadirse á oscuras; pero la idea de un fracaso de mi proyecto me inspira prudencia.

Día 21 octubre, á bordo del Tafna.—Nueve veces he buscado salida por la garganta del monstruo, y otras tantas ha resultado estéril mi intento.

Iba á renunciar á mis propósitos cuando un prolongado bostezo de mi carcelero vino á darme nuevos bríos.

Me lanzo por última vez y ¡la Virgen me ampare! me quedo sin saber cómo, pegado en medio del camino, es decir, en la laringe del coloso.

¿Qué hacer? En esa situación me sofocaba. Me habría ahogado sin remedio si una inspiración sublime no me asiste. Tenía suelta una mano, y sin mucho esfuerzo logré producir cosquillas en las fosas nasales del cardíbal; el animal dió un estornudo retumbante y me escupió en el mar á veinte brazas de su hocico. Feliz, no me cabe duda, de verse libre de un huésped importuno, el monstruo no volvió á fijarse en mí.

Ebriado de sol y de libertad, nadé unas cuantas horas sin cansancio aparente. En realidad, mis fuerzas estaban agotadas y desfallecía casi sin sentirlo. Perdí por último el uso de mis facultades, y no supe más.

Cuando desperté, á bordo del *Tafna*, estuve mucho tiempo en la creencia de que todo ese tremendo viaje llevado á efecto en el estómago de un monstruo marino había sido una pesadilla vulgar. Pero estas notas, que encontré intactas en uno de mis bolsillos, refrescaron mis recuerdos de tal modo que, con la mente, pude vivir otra vez mi singular existencia de los últimos días.

Y aquí, bellas damas, ilustres caballeros, termina la parte recreativa de mi viaje. El resultado de mis investigaciones zoológicas será objeto de una exposición especial ante la egregia Academia de Ciencias.

No me queda más que dar gracias á mis benévolos oyentes por el interés con que se han dignado escucharme...

El doctor Pomponio abandonó la cátedra en medio de un murmullo de admiración y de simpatía...

* *

No lo he vuelto á ver, pero la impresión que dejó en mi alma fué honda y duradera.

Hasta tuve intenciones de casarme con él; pero un buen día, por casualidad, recorrieron mis ojos dos ó tres líneas de un libro que llaman Código Civil, ó In-civil, no recuerdo bien. Y esas líneas decían más ó menos: la mujer seguirá al marido adonde le plazca á éste trasladarse.

¿Y si se le ocurre viajar otra vez en los intestinos de un cetáceo?

¡Horror!

LODOISKA MAAPAKÁ

LA LECTURA

Á la sombra de un almendro sentado leía un padre, buscando noble deleite después de tareas graves.

Un hijo de él, aún pequeño, llegó á paseo á invitarle; y al ver que siempre leía con la dicha en el semblante,

—Papá, exclamó, ¿cómo puedes con la lectura gozarte, cuando estudiar mi cartilla me causa penas tan grandes?

Cogiendo el padre una almendra respondió:—Voy á explicarte: toma, hijo mío, esta fruta; prueba el sabor de su carne...

¡Ah! con razón la rechazas y haces tan feos visajes; pues, no has probado en tu vida otra más desagradable.

¿Qué hay dentro? Un enorme hueso que, airado, vas á lanzarle; pero, romperle es preciso, que acaso algo bueno guarde...

Tienes razón: en dureza á una piedra es semejante; mas, cederá si lo hieres con otra piedra más grande...

¡Cedió! Una rica semilla es premio de tus afanes: ¡oh, qué exquisito bocado! ¡oh, qué oloroso y qué suave!

De la lectura, hijo mío, te he presentado una imagen como también de la ciencia, de la cual ella es la base.

Se te muestra en un principio amarga, dura, punzante; la vences, y te da entonces goce moral inefable.

BELISARIO GUZMÁN CAMPOS

Santiago, 1890.

PASEO AMENO

Díjome, noches pasadas, doña Pandolfa Bochornos que deseaban darse un paseito, ella y su pimpollo Etelvina, encamadas en la imperial de un carrito urbano. Había de ser en la imperial, sí, señor, que doña Pandolfa no está para ahogarse en esos calabozos de la *primera clase*, ni para exponer sus venerables y abultadísimas partes á los restregones y *cosas* (como ella dice), que en estas sofocantes noches de verano ha de soportar por fuerza todo mortal que quiera refrescar sus calores metido en veneciana góndola.

Me apresuré á complacer los deseos de la señora Bochornos, y después de aguardar un siglo, que la bella Etelvina empleó en sus manipulaciones científicas de tocador y en sus tanteos artístico-periciales de espejo, flores y cintas, arremetimos calle arriba con la Alameda, «la más hermosa avenida de Sud-América», en demanda de un carrito.

Durante el día, el sol había hecho de las suyas; y aun en la tarde, sus ardores habían mantenido una temperatura cálida, y, como se dice, abochornada: sólo en la noche un vientecillo fresco y sutil venía á aliviar suavemente el malestar de las horas pasadas. La perspectiva de aumentar la influencia de esta agradable compensación, aprovechando de los carritos, nos llevaba á todos contentos.

Etelvina iba adelante, deslumbradora, desconocida. Jamás la había admirado tan gentil en su andar, ni me había parecido tan bella ni graciosa que aquella vez, iluminada su cabeza por la blanca luz de la luna y por gozo infantil, deslizándose ante mis ojos embelesados con paso esbelto y movimientos ágiles,

volviendo á cada instante su rostro risueño para dar una respuesta breve y clara, ó para hacer una observación picaresca á la cháchara inacabable de su progenitora. Su talle esbelto y delicado obedecía á ondulaciones de la más pura gracia, y su traje claro, que la luz del astro cubría con brillantes destellos al cruzar por entre las hojas de los añosos árboles, dábanla un aspecto fantástico, en la contemplación del cual me arrobaba.

La señora Bochornos, cogida de mi brazo, se asaba dentro de sus galas severas de mamá, y encontraba cada dos minutos, que nuestro paso (muy moderado, por cierto), semejava una marcha de ataque.

La que de veras llevaba marcha de ataque era su charla. La respetable dama habría podido darla guachas en cuanto á verbosidad, á cualquier hueco orador del Parlamento. Su arsenal de palabras vacías parecía inagotable, y la fuerza de sus pulmones digna de Estentor. Aquel torrente solía disminuir la fuerza de su desbordamiento sólo para lanzarme *ex-abrupto* una interrogación terminante que venía á sacudir el grato enajenamiento que tenía mis miradas y mi corazón fijos adelante. Sorprendido en delito patente de distracción, y reincidente contumaz, no hallaba cómo salir del paso, y me embrollaba en una serie de monosílabos y de frases cortas sin sentido, hasta que la buena señora, harto ducha *in illo tempore*, en los asuntos de fuero interno que me llevaban embebido, se me refa con benevolencia en mis barbas incipientes y volvía á coger con nuevos bríos la ilación interrumpida de su galimatías.

Yo caminaba en silencio (la señora no permitía que nadie hablara, fuera de Etelvina), aprobando ó reprobando sin reserva y por medio de signos intercalados á destajo cuanto doña Pandolfa enaltecía ó censuraba; y en esa hora, bendecía con toda el alma sus dotes oratorias, que me dejaban reconcentrar todo mi pensamiento y todos mis sentidos en la hermosa visión que halagaba tan gratamente mis ojos.

Llegamos, pues, á la Alameda, y tras un instante de espera, vimos llegar lentamente el tranvía.

—¡Pist, pist, para!

—¡No hay lugar!

En efecto, el número de pasajeros que el coche podía razonablemente contener estaba completo, y no sólo completo, sino de sobra excedido. Era menester aguardar el siguiente.

—¡Allí viene una góndola! exclama con alborozo Etelvina. ¡Qué bien iríamos en una góndola!

—¿En una góndola? prorrumpió doña Pandolfa. ¡No faltaría más! Yo no subo en góndola. ¡Es tarea bien fácil la de subir!... Las pisaderas están en el techo... Hay que escalarlas: deberían estar provistas de ascensores. En vez pasada, por complacerte, tuve la debilidad de hacerlo; pero no sucederá dos veces. ¡Vaya! No fueron escasos ni muy cariñosos los pisotones que hube de soportar para que pretenda probarlos de nuevo... ¡Y la vecina de atrás! ¡Qué manera de abanicarse! Me tenía la nuca como un ventisquero. ¡Y las señoras gruesas que bajaron! ¡Cref morir ahogada. ¡Las góndolas, jamás! ¡Vaya un atractivo, vaya un tormento!

El tranvía llega. Arrastro suavemente á doña Pandolfa para salirle al encuentro, á pesar de las protestas de la porfiada señora. Etelvina lo quiere...

—¡Pist! cochero, cochero! pist! para!

—¡No hay lugar!

Aquello va, en efecto, repleto. ¿Qué hacer?

Conocido el horror de la mamá por viajar de noche en primera clase, no hay que pensar en reducirla á soportar este, para ella, cruel sacrificio. Sin embargo, intentemos: no es posible aguardar horas de horas lo que tal vez no vendrá.

—Señora, dígola melosamente, á lo que parece, no hay que pensar en obtener asiento en góndolas ni en la impe-